

Las izquierdas latinoamericanas: partidos políticos y movimientos sociales.

María Elvira Concheiro Bórquez.

Cita:

María Elvira Concheiro Bórquez (2007). *Las izquierdas latinoamericanas: partidos políticos y movimientos sociales. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1662>

“Las izquierdas latinoamericanas: partidos políticos y movimientos sociales”

(Versión preliminar)

Elvira Concheiro Bórquez

América Latina es una región que ha sufrido enormes cambios que han afectado de manera importante las condiciones de vida de la mayoría de su población. Las políticas neoliberales seguidas durante los dos decenios anteriores han acarreado una mayor desigualdad económica y social y un mayor atraso social de forma que hoy se está más alejado del desarrollo, con mayor desempleo y trabajo informal, mayor pobreza que en los años setenta del siglo pasado. . Es esa la razón de fondo que explica porqué estos años en buena parte de los países latinoamericanos se han producido importantes movimientos sociales que de diversas formas y a través de muy diversos medios, han cuestionado el rumbo seguido. Es por eso, también, que podemos decir que este es un momento en el que las izquierdas latinoamericanas, muchas de las cuales han triunfado y son hoy gobierno o han estado muy cerca de serlo, enfrentan grandes posibilidades, pero también enormes retos que merecen ser analizados.

Ningún proceso es lineal ni exento de contradicciones y problemas. Quiero, por eso, compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación que enfrentan, en general, las izquierdas latinoamericanas.

1. Introducción

Antes, quiero hacer notar que en mi ponencia hablo de izquierdas en plural, pues entiendo que, en realidad, está en su naturaleza ser diversas. Hoy, a diferencia de tan sólo una década atrás, ya no nos encontramos ante la banal discusión de qué es la izquierda y si ésta tiene razón de ser. Sin embargo, de aquellos oscuros momentos en los que un pretendido “pensamiento único” descalificaba cualquier opción diferente, las izquierdas aprendieron a reconocerse en su diversidad y, dadas las adversidades sufridas por todas sus corrientes, poco a poco fueron destacando sus puntos de unidad y confluencia, dejando atrás estériles diferenciaciones ideológicas. Pero, quizá lo más importante, las izquierdas encontraron nuevas formas y agrupamientos para su acción,

en muchos casos empujadas por poderosos movimientos que renovaron los programas y propuestas, los contenidos discursivos e incluso el lenguaje y los símbolos, como fue en su momento el caso del zapatismo en México.

En primer lugar hay que señalar que el proceso de recuperación de las izquierdas latinoamericanas apenas comienza. Estas tuvieron en cada uno de sus países una larga y rica experiencia a lo largo de todo el siglo XX, que en muchos sentidos se agotó, dando lugar en la década de los años noventa a una profunda crisis, la cual no ha sido aún plenamente superada.

Esa crisis múltiple de esta corriente, en todas sus vertientes, tuvo en realidad una dimensión mundial, que obligó a un replanteamiento de todos los referentes que por años la definieron y a un ejercicio crítico muy profundo de sí misma.

Con la casi única excepción del levantamiento zapatista de 1994 (de ahí, seguramente, su enorme impacto mundial), en esos años la izquierda perdió rumbo, y buena parte de ella aceptó que fuera del capitalismo neoliberal no había alternativa alguna, según la cínica sentencia de la señora Thatcher.

Aunque en cada país la historia de esta crisis ha tenido sus propias particularidades, no deja de ser asombrosa la cantidad de rasgos comunes que podemos observar. Entre los más relevantes podemos mencionar la pérdida de proyecto de largo aliento, la debilidad electoral, los fenómenos de corrupción, burocratización y anquilosamiento de sus organizaciones, el pragmatismo generalizado y, por tanto, la ausencia de debate y elaboración teórica y programática, la escisión entre sus agrupamientos institucionalizados y sus movimientos de lucha y reivindicación, que implicó, por un lado, desinterés de los partidos por las luchas de esos movimientos y hasta confrontación con las formas que estos adoptan y, por el otro lado, un cuestionamiento y rechazo en el seno de muchos de los movimientos a los partidos políticos en general, y exclusión de aquellos de izquierda, en particular.

Hasta hace muy poco, si dejamos aparte a la socialdemocracia europea, buena parte de la cual también implementó las políticas privatizadoras y de ajuste neoliberal, y aunque los gobiernos dirigidos por las izquierdas no proliferaban en otras partes del mundo, ahí donde se produjeron y, particularmente, en algunos casos en América Latina la historia no fue muy diferente: liderazgos fuertes que imponen estilos y medidas de gobierno al margen de sus organizaciones partidistas y que se desvinculan o hasta se confrontan con los movimientos que los llevaron al gobierno; incongruencia entre lo ofrecido en campaña electoral y lo realizado como gobernantes; autolimitaciones

programáticas; fenómenos de corrupción; coqueteo y concesiones con el sector empresarial y las iglesias, entre otros rasgos. En una palabra: híbridos que no alcanzaron, propiamente, a configurar un proyecto coherente de izquierda, que representara una verdadera alternativa al capitalismo neoliberal que azotó a la región.

Cambios que dejaron sin piso

La explicación de la situación descrita hay que buscarla en los cambios profundos que se produjeron dejando sin piso a las izquierdas.

Del entrelazamiento de la crisis del capitalismo de los años setenta del siglo pasado y de la crisis general del llamado socialismo real de fines de los ochenta, resultó la más agresiva y profunda reconversión de la historia del capitalismo. Dicha reconversión se fincó, primero en la derrota del movimiento obrero, luego en el fracaso de la socialdemocracia con el consecuente triunfo de las derechas “thatcheristas” en Europa y “reganianas” en Estados Unidos, y finalmente en el desplome del socialismo soviético y del este europeo. No podemos olvidar, además, que las primeras señales de este proceso aparecieron justamente en América Latina con la brutal imposición de las dictaduras militares, es decir, con la derrota de las democracias latinoamericanas en los años setenta. Ante esta tercera fase del capitalismo, que se despliega sin freno gracias a esta combinación de derrotas de significados y alcances distintos, las izquierdas de todo el mundo se quedaron prácticamente sin referentes teóricos y políticos, sin contacto con el programa de transformaciones de gran alcance.

Las transformaciones violentas que se han producido desde mediados de la década de los años setenta del siglo pasado no sólo tuvieron amplias repercusiones en el ámbito económico de todo el mundo, sino también en la política y la cultura. Dichas transformaciones modificaron las bases sociales en las que surgieron y se desarrollaron las izquierdas en todo el mundo.

El viejo modelo de acumulación fordista, el esquema tecnológico que lo apuntaló y la forma específica de regulación social y económica que produjo (resultado también de la lucha de los trabajadores), que tuvieron su plena integración y desarrollo desde 1945 hasta mediados de los años setenta (hay que recordar que en 1973 se produce la primera gran depresión económica desde el fin de la segunda guerra mundial) hoy se han modificado en forma sustantiva dando lugar a un nuevo régimen de

acumulación que algunos han dado en llamar (frente a la rigidez que caracterizó al fordismo) un régimen “flexible”, basado en la introducción de nuevas tecnologías y en la informática.

Particular importancia tiene la transformación del proceso productivo y de las condiciones del trabajo que en forma acelerada introdujo en este proceso el capital, pues ha implicado, entre otras cosas, la disminución persistente de la clase obrera “de overol” y el desmantelamiento de las organizaciones sindicales, con lo que ha habido cada vez una menor eficacia en las negociaciones colectivas de los trabajadores. De las cenizas del fordismo y del llamado Estado de Bienestar, emergió un régimen productivo basado en la creciente precarización del trabajo, en su inestabilidad, disgregación e individualización, apuntalado por un nuevo Estado liberal, que renunció a sus funciones sociales y desmanteló los instrumentos políticos.

No hay duda que la sentencia de Antonio Gramsci frente a lo que implicaba el fordismo, de que los nuevos métodos de trabajo “son inseparables de un modo específico de vivir y pensar, de sentir la vida” tiene total vigencia. Aquel trabajador reunido bajo un mismo techo con miles de otros trabajadores y sometidos todos a la línea de ensamble, que no tardaría en concebirse como una *fuerza de masa*, como predijera Marx, trasladando la disciplina y la organización con la que trabajaba a sus agrupamientos políticos, hoy está en proceso de desaparecer.

Ciertamente no se trata de un proceso uniforme ni absoluto. La “desindustrialización” de los países altamente desarrollados, ha tenido como correlato la proliferación en otras regiones del planeta, caracterizadas por tener una fuerza de trabajo extremadamente barata y condiciones impositivas privilegiadas para la inversión privada, de nuevas industrias que imponen formas extremas de explotación del trabajador. Pero, como ya he señalado, los efectos políticos de este proceso en curso apuntalado por una poderosa ideología reaccionaria y, específicamente, su expresión en los partidos tradicionales de las izquierdas, así como en los sindicatos, están a la vista: una persistente desafiliación, disminución de su fuerza electoral y de su capacidad de movilización; pérdida de su debate y construcción programática; fenómenos de corrupción y división política, entre otros.

Aunque en estas últimas décadas no han dejado de producirse múltiples formas de resistencia de los trabajadores, lo cierto es que hasta ahora no se han prefigurado nuevos instrumentos de defensa de sus derechos y de lucha por la superación de este orden de cosas, en tanto trabajadores.

En esta devastación, que arrasó con muchos de los logros más importantes alcanzados durante el siglo XX por las izquierdas socialistas, se ha perdido, o al menos cuestionado seriamente, el proyecto emancipatorio mismo que les dio razón de ser. De forma que se ha caminado a tientas, instalándose en muchos –pese al continuo reclamo– la convicción de que no existe capacidad para ofrecer una opción global al desastre que es hoy el mundo. Aún más, invadidos por la ideología posmoderna, muchos se cuestionan sobre la pertinencia o necesidad de contar con un proyecto de gran alcance que diera congruencia y relacionara las pequeñas batallas diarias. En la negación de las pretensiones “teleológicas” y el rechazo a la conceptualización totalizadora del régimen capitalista, se hace el elogio de la diversidad y la pluralidad de las luchas y movimientos que se mantienen al margen de objetivos unificadores y se exalta, en calidad de “teoría”, el navegar sin rumbo.

Ello encuentra posibilidades de recepción gracias a la dinámica con la que se han estado produciendo los cambios que impone esta fase capitalista. La velocidad y el alcance de modificaciones que abarcan todos los ámbitos de la sociedad dan la apariencia de que son inabarcables e imposibles de contener y atajar.

Las regresivas reformas económicas, financieras, fiscales y laborales que han sido aplicadas por los estados latinoamericanos siguiendo la pauta del llamado *consenso de Washington*, posibilitaron tanto la libre movilidad de capitales mediante inversión extranjera directa e inversión de portafolio, como amplios procesos de privatización que favorecieron a los grandes grupos privados de sus respectivos países y a las empresas transnacionales, en sectores estratégicos como el financiero, el de telecomunicaciones, el energético (electricidad, gas y petróleo) y el sector productivo manufacturero. Por otra parte, mediante la apertura comercial, se impulsó también un intercambio mercantil que ha favorecido a las empresas transnacionales y algunos grupos privados nacionales.

Las sucesivas crisis de México, Brasil, Argentina, Venezuela y Bolivia mostraron en América Latina que esta violenta apertura de las economías al mercado externo ha tenido un efecto devastador especialmente entre los asalariados y los pobres de nuestros países, a la vez que evidenciaron los límites y las contradicciones del proceso.

Sin embargo, en medio de enormes dificultades, la reacción en importantes sectores de nuestras sociedades no dejó de producirse. Después de la “década perdida”, como se conoció a los ochentas, en nuestros países siguió lo que yo llamaría la “década

sin esperanzas”; pero poco a poco se comenzó a ver surgir importantes movimientos de protesta y, al abrirse el nuevo milenio, con el colapso de la economía argentina en el año 2001, se anunció un nuevo momento para América Latina.

En particular, es importante señalar que el proceso de desmantelamiento del sector público y de privatización de sectores fundamentales de la economía de nuestros países, en no pocos lugares resultó un verdadero saqueo escandaloso. En correspondencia, por tanto, se produjeron acciones de respuesta que pusieron en el centro la defensa de la propiedad pública.

Aunque ahora se discute poco la cuestión de fondo de las formas de propiedad y pese a la persistente campaña contra lo que se llama despectivamente “populismo”, los movimientos intuyen que, en cierta forma, ese tipo de propiedad en manos del Estado representa una cierta trasgresión de la propiedad privada, o quizá, simplemente, se piensa que bajo el control y la lógica del capital trasnacional es aún más difícil concebir la posibilidad de intervenir en la conducción de las empresas y en la preservación de los recursos naturales.

Visión corta, necesidades largas

Aunque, como ha señalado el filósofo marxista Adolfo Sánchez Vázquez, se carece aún de alternativa efectiva al capitalismo y, por tanto, no se han generado diques o límites a su expansión y hegemonía política, la izquierda latinoamericana se ha visto cada vez más obligada a discutir qué puede definir, hoy día y bajo condiciones alarmantes de miseria y deterioro social, a un proyecto de izquierda, cuáles pueden ser sus alcances y cuáles sus limitaciones. Pero una cosa es aun más clara: en América Latina crece día a día el reclamo urgente de contar con un proyecto alternativo al capitalismo neoliberal.

Desde luego se trata de una vasta temática, pero considero que una parte de las izquierdas latinoamericanas ha arribado a la idea de que si hay algo que puede desprenderse de la experiencia fallida de los llamados países socialistas del este europeo es que la lucha por liberar a la humanidad de la ancestral explotación y opresión no transcurre por el camino de la voluntad de quienes se empeñan en ella ni es unívoca. El proyecto de igualdad social, el combate a la miseria y la ignorancia, el derecho al trabajo y la educación para todos, que adquirieron un alto grado de realización en aquellas sociedades, se topó con un régimen autoritario que quebrantaba las libertades individuales y colectivas, y que terminó por hundir toda expectativa de emancipación.

De las ruinas del llamado “socialismo real” las izquierdas no pueden emerger si no es con un propósito de transformación de la totalidad social, es decir, con un proyecto que vincula en forma intrínseca los cambios económicos y sociales con las transformaciones democráticas en la vida política y cultural de la sociedad.

Hoy, sin embargo, para confrontarse con el esquema neoliberal dominante basta con un proyecto social tendiente a superar las más groseras desigualdades o injusticias, que defienda los derechos adquiridos por los trabajadores y los sectores populares. Pero las experiencias recientes de algunos países latinoamericanos, como Venezuela y Bolivia, muestran que, para configurar un gobierno desde la perspectiva de la izquierda, es necesario que todo ello esté concebido como parte integrante de una profunda reforma moral y cultural de la sociedad, que genere las condiciones de una creciente participación, ingerencia y toma de decisiones de la población en todos los asuntos públicos, sobre la base de una reforma democrática tanto de las instituciones estatales como de las organizaciones sociales y políticas y de la generación de una ciudadanía cohesionada por valores ético-políticos, tales como la solidaridad, la tolerancia, la independencia, la paz, la honradez, el respeto a la diversidad.

En ese sentido, ha surgido en la práctica una importante crítica al pragmatismo que condena a nuestros países al aquí y el ahora y que desprecia todo lo que no asegura éxitos inmediatos y concretos, aunque sean momentáneos o efímeros, en la que una parte importante de las izquierdas se ha recreado estos años.

Las grandes movilizaciones que se han producido en diferentes situaciones, tales como las que llevaron a sucesivos cambios de gobierno en Ecuador; las que acabaron con la fuerza de Alejandro Toledo en Perú; las que dieron fin al gobierno de Sánchez de Lozada en Bolivia; las que dieron gran fuerza a Nestor Kirchner en Argentina; las que impidieron las privatizaciones en Uruguay; las que impidieron que se cancelaran los derechos políticos de López Obrador en México y pudiera, entonces, ser candidato a la presidencia en las pasadas elecciones, todas estas movilizaciones y muchas más son expresión del rechazo a un fenómeno complejo que se ha presentado en América Latina: no basta ganar unas elecciones para que la voluntad ciudadana de cambio de rumbo socioeconómico se respete.

En nuestros países, la voluntad de cambio se ha topado con resistencias sumamente poderosas, que hace que las promesas de campaña electoral con frecuencia no se cumplan. Esas resistencias tienen que ver con las presiones norteamericanas, país que utiliza, entre otras cosas, el enorme endeudamiento de los países latinoamericanos

como mecanismo disciplinario. Además, el achicamiento de que fue objeto el Estado en toda la región, con la consecuente desaparición de los mecanismos de control y regulación con las que se contaba antes, permite que el poder económico recurra, también como presión, a la especulación, a la fuga de capitales, a la huelga de inversiones, para impedir la realización de los cambios que reclaman las sociedades latinoamericanas.

Adicionalmente, se tiene el problema del "vaciamiento" de la democracia, es decir, de la pérdida de contenido, el menosprecio al respeto de la voluntad popular, para entenderla, en forma más o menos técnica, como respeto de una serie de reglas y procedimientos establecidos.

Este *vaciamiento* de la lucha política, agigantado por el papel que han adquirido los medios de comunicación de masas como jueces supremos del acontecer social y político e intérpretes determinantes de una voluntad de sujetos individualizados y ensimismados, cuyo juicio y voluntad se ven sometidos ante el azoro continuo del escándalo videopolítico, ha convertido las elecciones, de poderoso medio para la confrontación y debate de proyectos de nación, en competencia mediática y escenario en el que impera el cinismo y la mentira al servicio de grandes capitales.

Retos actuales

Después de años en los que parecía que transcurrían por caminos diferentes unas "izquierdas institucionales" de unas "izquierdas sociales", y en la medida en que en todos los países de la región se ha persistido en la lucha contra las políticas neoliberales, lo cual llevó al gobierno, una y otra vez, a quienes eso prometían, hoy comienza a aparecer en el panorama latinoamericano la posibilidad de una confluencia congruente. Es decir, fuerzas sociales que han ganado los gobiernos o que han estado a punto de lograrlo, que, concientes de que su soporte es la movilización popular, parecen tener la voluntad de respetar el sentido del voto ciudadano de abrir paso a un camino diferente que deje a tras el neoliberalismo.

¿Qué seguirá a ello? sin duda, esa es una gran interrogante. Las posibilidades de superar el capitalismo, y con ello la fuente esencial de la injusticia, la desigualdad y la opresión de los seres humanos, es una tarea que se plantea en concreto, en condiciones y contextos históricos determinados.

Por lo pronto, como han señalado varios estudiosos de la realidad latinoamericana, las izquierdas se enfrentan al reto de encontrar alternativas viables al

neoliberalismo y, simultáneamente, a la profundización de la democracia, a la democratización de la política y de las sociedades latinoamericanas mismas. Tal es, claramente, el caso de México, donde el requerimiento social de dejar atrás las mismas políticas aplicadas ya por décadas con desastrosos resultados, ha hecho que el liderazgo de Andrés Manuel López Obrador y la fuerza electoral del PRD hayan aumentado los últimos años de forma inusitada, hasta el punto de haber disputado la presidencia de la República.

Ahora, tras las enormes movilizaciones de protesta poselectoral, en México las izquierdas tienen el reto de mantener y expandir su fuerza, a través de una difícil combinación de su actuar en el parlamento y varios gobiernos locales, y su persistencia en resistir en la lucha social. La perspectiva se presenta riesgosa y anuncia importantes convulsiones.

Y es que en nuestra región las cosas cambian con relativa rapidez y varios de los procesos actuales muestran también los riesgos enormes que aún existen de retrocesos autoritarios. Ya vimos lo que tuvo que enfrentar el proceso bolivariano de Venezuela el año de 2003. Ahora Bolivia y Ecuador también enfrentan ominosas amenazas de sus oligarquías. Ello pone aun más de relieve la importancia de que los procesos de cambio político que se han producido en nuestros países hayan persistido en transcurrir por procesos políticos pacíficos.

Es por eso, también, que alrededor de las alternativas al neoliberalismo y de la profundización de la democracia ha girado, en los años recientes, el mayor debate de las izquierdas de la región. Por momentos, el techo de los cambios posibles parece demasiado bajo: gobiernos menos corruptos y dispendiosos, que defiendan nuestra soberanía y nuestros recursos naturales, que frenen las privatizaciones y establezcan programas sociales y fortalezcan la educación; que abran paso al reconocimiento de la diversidad étnica y cultural de nuestras sociedades. En cierto sentido es poco, sin duda, pero sin ellos no se abrirá camino a cambios más sustanciales que superen el rezago histórico de América Latina.